sea exigido por la necesidad pública...

Si nos fuera permitido escoger entre un exceso de patriotismo y una baja deficiencia en el espíritu público, o aun una ciénaga de moderación, nuestra elección sería breve. Un cuerpo sano y atormentado por un exceso de energía tiene mejores prespectivas que un cadáver.

Guardémonos de ahogar el patriotismo creyendo que nos estamos curando de él o que lo estamos moderando.

Por su naturaleza misma, el patriotismo engendra energía y ardor. ¿Quién podría amar a su patria fría y moderadamente? El patriotismo es cualidad de los hombres comunes, que no siempre son capaces de medir las consecuencias de todos sus actos, ¿y dónde podría hallarse el patriota lo bastante ilustrado para no equivocarse nunca? Si admitimos la existencia de moderados y cobardes que proceden de buena fe, ¿porqué no habían de existir también patriotas de buena fe, que a veces yerran por exceso de celo? Pero si vamos a mirarlos a todos como criminales que han excedido los límites de la cautela en el movimiento revolucionario, nos veremos obligados a condenar igualmente a los malos ciudadanos, a los enemigos de la República, tanto como a sus ardientes amigos, y quedaría así destruido el más firme sostén de ésta. No habría otro recurso, más que el de los emisarios de la tiranía, convertidos en acusadores públicos nuestros.

Al indicar los deberes del gobierno revolucionario hemos señalado también los peligros a que está expuesto. Pero, cuanto mayor sea su poder, más grande sea su libertad y más veloces sus acciones, más deberá someterse a la prueba de la buena fe. El día que un gobierno así caiga en manos sucias y pérfidias, será el día de la muerte de la República. Su nombre se convertirá en pretexto, en excusa de la contrarevolución; su fuerza será la fuerza del veneno.

La Revolución francesa no fue un juego de niños no puede ser obra del capricho y el descuido, ni producto accidental de la coalición de todas las demandas individuales y de los elementos revolucionarios. Sabiduría y poder crearon el universo. Al asignar a los hombres del propio grupo la terrible tarea de vigilar los destinos de vuestro país, habéis puesto a su disposición vuestas facultades y vuestras esperanzas. Si el gobierno revolucionario no está apoyado por la inteligencia y el patriotismo, y por la benevolencia de todos los representantes del pueblo,

¿de qué otra parte podría sacar la fuerza que necesita para enfrentarse en plano de igualdad a las acciones de una Europa unida? La autoridad de la Asamblea Constituyente debe ser respetada por toda Europa. Los tiranos están agotando los recursos de su política y sacrificando sus tesoros con el fin de degradar esta autoridad y destruirla. La Asamblea Nacional, empero, prefiere su gobierno a los gabinetes de Londres y a todas las demás cortes de Europa. O gobernamos nosotros, o los tiranos nos gobernarán.

¿Cuáles son los recursos de nuestros enemigos en esta guerra de felonía y corrupción que ellos han llevado contra la República? Todos los vicios pelean por ellos; la República tiene de su parte a todas las virtudes. Las virtudes son simples, pobres, a veces ignorantes, a veces brutales. Son la herencia de la infelicidad, la posesión del pueblo. El vicio está rodeado de todos los tesoros, armado con todos los encantos de la voluptuosidad, con todas las seducciones de la perfidia; está escoltado por todos los peligrosos talentos que han puesto sus servicios a disposición del crimen.

Los tiranos han demostrado mucha habilidad volviendo contra nosotros incluso nuestro patriotismo, para no mencionar nuestras pasiones y nuestras flaqueza. No cabe duda de que los gérmenes de la desunion que sembraron entre nosotros se extenderían rápidamente si no nos apresuráramos a extirparlos.

Gracias a cinco años de traición, gracias a la debilidad de nuestras precauciones y gracias a nuestra credulidad, Austria, Inglaterra, Rusia e Italia han tenido tiempo de implantar, como si dijéramos, un gobierno secreto en Francia, un gobierno que compite con el gobierno francés. Tienen comités secretos, tesoros, agentes; nos quitan hombres y se los adjudican, tienen la unidad que nos falta, tienen la policía que hemos olvidado, tienen la constancia que muchas veces no hemos podido demostrar.

Las cortes extranjeras han estado durante algún tiempo lanzando sobre suelo francés a sus criminales bien pagados. Sus agentes aún infectan nuestros ejércitos, tal como lo demostró incluso nuestra victoria en Tolón. Toda la bravura de nuestros soldados, toda la devoción de nuestros generales y todo el heroísmo de los miembros de esta asamblea tienen que agruparse para derrotar a la traición. Aquellos caballeros todavía hablan en nuestros cuerpos administrativos, en los varios sectores, consiguen su admisión en los clubs; a veces, hasta se les puede

ver sentados entre nosotros. Ellos traen la contrarevolución; nos espían, escuchan nuestros secretos; halagan nuestras pasiones y tratan incluso de influir en nuestras opiniones y volver contra nosotros nuestras propias decisiones. Si sois débiles, adularán vuestra precaución. Si sois prudentes, os censurarán por débiles. Tacharán vuestro valor de audacia, vuestra justicia de crueldad. Si los excluimos, conspirarán públicamente. Si los amenazamos, conspirarán secretamente o cubiertos por la máscara del patriotismo. Ayer asesinaron a los defensores de la libertad, hoy se mezclan en la procesión de los dolientes, y lloran a sus propias víctimas. Por su culpa, la sangre ha empapado a todo el país; pero necesitamos esta sangre para luchar contra los tiranos de Europa. Los extranjeros se han erigido en árbitros de la paz pública; han pretendido realizar sus designios con dinero a su mandato el pueblo tenía pan; cuando no lo querían así, no lo podía conseguir; lograron formar grandes grupos de personas en las puertas de las panaderías y convertirse en cabecillas de bandas de hombres famélicos. Estamos rodeados de sus asesinos a sueldo y de sus espías. ¡Lo sabemos, hemos sido testigos directos de todo y, sin embargo, están vivos! Los pérfidos emisarios que se dirigen a nosotros, que nos adulan, son los hermanos, los cómplices, los guardaespaldas de aquellos que destruyen nuestras cosechas, que amenazan nuestras ciudades, que matan en masa a nuestros hermanos y abaten a nuestros prisioneros. Todos buscan un jefe, incluso entre nosotros. Su interés principal es fomentar las enemistades entre nosotros mismos. Si lo consiguen, será un nuevo resurgir de la aristocracia y de los planes federalistas. Castigarían al bando de los girondinos por los obstáculos que ha puesto en su camino. Se vengarían de la Montaña por su espíritu espléndido de sacrificio, pues sus ataques están dirigidos contra la Convención. Continuaremos haciendo la guerra, la guerra contra Inglaterra, contra los austriacos, contra todos los aliados. Nuestra única respuesta posible a sus panfletos y calumnias es destruirlos. Y sabremos cómo odiar a los enemigos de nuestro país.

El terror no debe anidar en los corazones del pobre y de los patriotas, sino en medio del campo de los bribones extranjeros, que venderían nuestras pieles, que beberían la sangre del pueblo francés.

El Comité de Salud Pública ha reconocido que la ley no castiga a los grandes criminales con el rigor suficiente. Han estado mucho tiempo bajo custodia, y no han sido ejecutados, sin embargo, cientos de extranjeros que son agentes bien conocidos

de los reyes aliados, generales manchados con la sangre de los franceses, cómplices anteriores de Dumouriez, Custine y Lamarlieres.

Los conspiradores son muy numerosos. Es mucho menos necesario castigar a cientos de desconocidos y oscuros miserables, que capturar y condenar a muerte a un solo líder de los conspiradores.

Los miembros del Tribunal Revolucionario, cuyo patriotismo y rectitud tan sólo merecen alabanza, han llamado la atención incluso de los miembros del Comité de Salud Pública respecto a las deficiencias de las leyes. Os proponemos que el Comité de Salud Pública se encargue de introducir determinadas innovaciones a este respecto, con el propósito de fortalecer y acelerar la mano de la justicia en su actuación contra las intrigas. Ya habéis comisionado al Comité, mediante un decreto, con este fin, Proponemos que creéis los medios para apresurar sus juicios contra los extranjeros y contra los generales que conspiran con los tiranos.

No basta con asustar a los enemigos de nuestro país; debemos ayudar también a sus defensores.

Pedirmos que se creean condiciones favorables para los soldados que luchan y mueren por la libertad.

El ejército francés no es únicamente terror de los tiranos, es la gloria de la humanidad y de la nación. En su marcha hacia la victoria, nuestros gloriosos guerreros gritan ¡"Viva la República!' Mueren bajo la espada del enemigo con el grito de "Viva la República!'"; sus últimas palabras son himnos a la libertad, su última mueca es una exclamación de homenaje a su patria. Si los jefes del ejército hubiesen sido tan valientes como nuestros soldados, Europa hubiera quedado derrotada hace mucho.

Cualquiera medida que se tome en favor del ejército será un acto de gratitud nacional.

Lo que hemos hecho por los defensores de nuestro país y por sus familias parece demasiado poco. Debíamos aumentar las concesiones en una tercera parte. Los inmensos recursos de la República lo permiten; nuestro país lo exige. Sabemos también que los inválidos, lo mismo que las viudas y los hijos de los que han muerto por su patria, sufren muchas veces las injurias de las formalidades legales y la indiferencia y mala

voluntad de los oficiales subalternos. Exigimos que sean ayudados por abogados oficiales, que los asistirán para que disfruten de sus derechos. Por todas estas razones, pido que la Convención adopte las siguientes medidas.

I. Que el acusador público designado ante el tribunal revolucionario redacte inmediatamente los debidos artículos acusatorios contra Dietrich Custine, hijo del general condenado por la ley, contra Desbrullis, Biron, Barthélemy y todos los demás generales y oficiales que estuvieron conectados con Dumouriez, Custine, Lamarlieres y Houchard. El acusador público procederá también contra los extranjeros, banqueros y todos los demás individuos que tengan cualquier comunicación con los reyes aliados contra la República.

II. El Comité de Salud Pública informará con la mayor prontitud posible respecto a los medios apropiados para asegurar una mejora en la organización del Tribunal Revolucionario.

III. Que se aumenten en una tercera parte las concesiones y ayudas pagadas hasta ahora a los veteranos y a los que de ellos dependen.

IV. Que se designe una comisión a la que se encargará la tarea de defender los derechos de los veteranos y sus deudos.

V. Los miembros de esta Comisión serán señalados por la Convención y nombrados por el Comité de Salud Pública.

LA CONSPIRACION DE LOS IGUALES

Es una perogrullada decir que la Revolución francesa ha resultado muy importante para muchas personas, tanto durante su transcurso como después del mismo. Y sin embargo el significado pleno de este gran movimiento social no sólo hay que buscarlo en lo que sus precursores y actores pensaron e hicieron, sino también en la relación que guarda con las ideas e instituciones subsiguientes: por ejemplo, con la democracia política, el nacionalismo y el socialismo de los siglos XIX y XX. Mediante el estudio de hombres e ideales que jugaron solamente un pequeño papel en la Revolución misma, pero que, con todo, se adelantaron a ciertas importantes tendencias posteriores, se puede comprender en algo el sentido de la Revolución, una vez que sus consignas e ideales fueron revalorizados por los movimientos sociales posteriores. Ese movimiento fue la "Conspiración de los Iguales", asociada al nombre de "Grachus" Babeuf.

Francisco Noel Babeuf (1760-97) había sido antes archivero de documentos feudales y ayudó a redactar el cahier de su distrito en 1789, desempeñando varios cargos menores cuando la Revolución se desplazó hacia la izquierda con el Reinado del Terror. Cuando, en 1794, el péndulo osciló otra vez con la caída de Robespierre y el advenimiento de la reacción termidoriana Babeuf empezó a propalar su firme idea de que la Revolución sin el socialismo era incompleta. Su periódico (Journal de la liberté de la presse, llamado después Le Tribun du peuple) fue suprimido y encarcelado Babeuf; más, al salir de la prisión, se convirtió en 1795 en figura central de un movimiento que aspiraba a la igualdad económica y política. Sus filas se llenaron de jacobinos radicales y de gentes a quienes la inflación afectaba mucho; resucitó el Tribun du peuple de Babeuf y pasó a ser vocero de la llamada Sociedad Panteón, que tenía en el invierno de 1795-96 suficiente pujanza para provocar los recelos del Directorio. Los espías policiacos se introdujeron en ella, y ya avanzado febrero de 1796 fue disuelta, habiendo sido liquidada la orden por el joven general Bonaparte. Babeuf y los demás dirigentes del movimiento forjaron entonces planes para una insurrección que debía derribar al Directorio, socializar la propiedad y dar a Francia "libertad, igualdad y la Constitución de 1793". Nunca pudo ver cumplida su esperanza de ganar para su causa a grandes sectores del populacho y el ejército, porque el gobierno, enterado siempre de las maquinaciones, arrestó a sus dirigentes antes de que pudieran dar el primer golpe (mayo de 1796).